

VIOLENCIA EN GÉNOVA: SOLO DAÑOS Y PERJUICIOS

Como un parásito indeseado, los sectores más radicalizados son autores de la “violencia pequeña” en las manifestaciones en contra de la globalización. Los responsables de la “gran violencia” internacional escapan a la atención de los medios de comunicación.

Los grupos violentos que participan en las manifestaciones antiglobalización son los menos, pero su actuación condiciona al conjunto de la protesta y la mediatiza. Es cierto que existen agentes infiltrados que tienen la tarea de provocar para que la policía pueda aplacar. En Génova, innumerables testigos moderados aseguran que han sido víctimas de las peores vejaciones por parte de los carabinieri que, al parecer, tenían orden de reprimir con toda severidad. Sin embargo, la presencia camuflada de la policía ya no es necesaria, los más radicales reemplazan a los agentes de seguridad en la tarea sucia: crear caos y destrucción a cualquier precio. Se autodenominan con frecuencia anarco sindicalistas o autónomos, y dicen odiar el poder. Lo grave es que ven con desdén a la mayoría de los constestatarios porque los consideran ingenuos, tontos útiles que creen que sin violencia, con acciones pacifistas, van a convencer a los amos de este mundo. Tienen fe en la violencia y la sangre como recursos necesarios para hacer o modificar la historia. La fe, como se sabe, no atiende razones porque está por encima de ellas.

La verdad es otra. La preocupación de los integrantes del G8 se acrecienta cuando sienten el peso de las más de 150 mil personas que reclaman en su propia cara un mundo mejor. Esos mandatarios y la mayoría de los ciudadanos de Seattle, Gotemburgo, Barcelona, o Génova, tienen en común su manifiesto repudio a la violencia. Estos energúmenos minoritarios desplazan del centro de atención lo realmente importante. Generan desencanto entre los individuos y las instituciones que, desde hace meses, se lo piensan dos veces antes de acudir a la próxima protesta. Aunque resulta bueno tomar distancia y condenar a los provocadores, es inútil. Los violentos seguirán apareciendo en cuanto protesta se organice. No asisten a las reuniones de organización, no dialogan, son esencialmente totalitarios. La democracia para ellos es el enemigo principal. Es provechoso recordar ahora las palabras de un neofascista, Solinas, cuando escribió: “Nuestro drama actual se llama moderación. Nuestro principal enemigo son los moderados. El moderado es por naturaleza democrático”.

Nada puede justificar la violencia de los sectores radicales, pero a pesar de todo se trata de “la violencia pequeña”. Entre sus principales características destaca que se practica con instrumentos primitivos, desde piedras y palos hasta las bombas incendiarias de fabricación casera conocidas como *cócteles mólotov*; es una violencia circunscrita a un espacio limitado; es esporádica; y, sobre todo, su carácter público y aparatoso si bien le confiere lo que desea, atención de los medios de comunicación, su virulencia exhibicionista es altamente disuasiva; busca la destrucción física de los símbolos pero no es asesina.

Del lado de las grandes potencias la actitud es invariable. Ni el menor atisbo de autocrítica sobre la responsabilidad de la “gran violencia” de los países ricos. Esa que ciega vidas cada día en el Tercer Mundo por enfermedades remediables; la que condena a la inmensa mayoría a la pobreza; la que fomenta el tráfico de armas y aviva los conflictos para mantener las ventas a buen nivel; la que humilla al caído y al inmigrante; la que golpea permanentemente a todos los agraviados de este mundo. La gran violencia es permanente y abarca a todo el orbe; es implosiva, lo que la hace en apariencia menos detestable y detectable; es responsable de la muerte innecesaria de millones de personas.

El principal mérito de la protesta es haber puesto en primera plana la magnitud de la injusticia del actual estado de cosas que, con el mejor nombre, llamamos globalización. Una realidad que los grandes poderes económicos, políticos, militares y mediáticos tratan insistentemente de escamotear. No será huyendo al norte como se van a resolver los desafíos de este tiempo, será mirando los problemas a la cara, o como bien dice Emma Bonino, comisaria de la Unión Europea de Ayuda Humanitaria, “por paradójico que parezca, el mundo caminará mejor globalizando la globalización”. Es decir, universalizando no sólo los costos sino también los beneficios de la tierra.

Como señalaba el Informe sobre Desarrollo Humano del PNUD de 1994, no sólo los cinco principales países exportadores de armas eran precisamente los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, sino también los cinco, en conjunto, eran responsables del 86% del total de las exportaciones de armas convencionales durante el período estudiado. Con estas cifras no es difícil explicar la incapacidad del sistema internacional para lidiar más eficazmente con los mercaderes de la muerte.

José Zepeda es director del servicio latinoamericano de Radio Nederland